

«Quédate con nosotros» (Lc 24, 29)

La Eucaristía, fuente y cumbre de la fraternidad

«Iban conversando entre sí de todo lo que había acontecido» (Lc 24, 15), comentando cuestiones de actualidad, diríamos hoy. Así empieza el relato de los discípulos de Emaús, recogido en el evangelio de Lucas (24,13-35). Eran probablemente comentarios pesimistas, pues estaban entristecidos (v. 17), sin esperanza (v. 21), porque, en el fondo, no habían entendido el misterio de la vida de Cristo (vv. 19-24) y los que Él les había anunciado su resurrección.

1. Jesús en el camino de Emaús

¹⁵ Y mientras comentaban y discutían, el propio Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos, ¹⁶ aunque sus ojos eran incapaces de reconocerle.

Jesús se pone a su nivel, y se hace el encontradizo: les sale al paso. Pero ¿por qué «eran incapaces de reconocerlo»? Y tal vez la pregunta sea otra: ¿acaso lo habían conocido de verdad antes, y por eso ahora no le podían re-conocer? No lo reconocieron al no conocerlo de verdad, como nos puede pasar también a nosotros. «Un gran amor es hijo de un gran conocimiento», decía el gran Leonardo da Vinci, y a veces no sabemos amar porque no conocemos a la persona amada. Y al revés: si somos capaces de conocer a las personas, somos capaces de amarlas mejor. La ignorancia engendra distancia, mientras la verdad nos hace libres (cf. Jn 8,31). La ausencia produce tristeza, mientras la presencia da alegría y genera fraternidad. Por eso la explicación que les da Jesús a los acontecimientos como cumplimiento de las Escrituras les enciende el corazón (v. 32), y los lleva a querer continuar su camino con Él (vv. 28-29). Así Jesús no se desanima, no los deja solos, sino que sale a su encuentro y entabla la conversación, origen de toda fraternidad:

¹⁷ Y les dijo: —¿De qué veníais hablando entre vosotros por el camino?

Y se detuvieron entristecidos. ¹⁸ Uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

—¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

Estaban tristes al sentir su ausencia, pues solo puede llenarnos una presencia, una presencia real. Es lo que va a ir ocurriendo en la escena, camino a Emaús, poco a poco. Pero antes han de superar las dudas y perplejidades, y alcanzar una única certeza. Los dos de Emaús están muy bien informados sobre los rumores, que retienen falsos¹. Pero es este

¹ Utilizamos la traducción de *Sagrada Biblia. Universidad de Navarra*, aprobada por la Conferencia episcopal española, en 5 vols., Eunsa, Pamplona 2010ss.

¹⁹ Él les dijo:

—¿Qué ha pasado? Y le contestaron:

—Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y ante todo el pueblo: ²⁰ cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron. ²¹ Sin embargo nosotros esperábamos que él sería quien redimiera a Israel. Pero con todo, es ya el tercer día desde que han pasado estas cosas. ²² Bien es verdad que algunas mujeres de las que están con nosotros nos han sobresaltado, porque fueron al sepulcro de madrugada ²³ y, como no encontraron su cuerpo, vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, que les dijeron que está vivo. ²⁴ Después fueron algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como dijeron las mujeres, pero

el momento en el que Jesús, el dulce Jesús, pasa casi al insulto, tal vez para situarles ante la propia realidad. Es una «terapia de choque», diríamos ahora, un choque necesario para que nos demos cuenta de lo que tenemos ante nuestros ojos:

25 Entonces Jesús les dijo:

– ¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los Profetas!

26 ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?

Es un momento penitencial, como cuando –al comenzar la celebración eucarística– realizamos el acto de contrición. El pedir perdón a Dios y a los hermanos es germen seguro de fraternidad. Tras esta «experiencia de choque» –la conversión–, Jesús empieza entonces una catequesis bíblica a los de Emaús, pues todo debe nacer de la Escritura. Él que es la Palabra hecha carne y ahora eucaristía, hace de pedagogo y glosa la historia bíblica, que culmina en lo que va a ocurrir un poco más adelante ante los propios ojos.

27 Y comenzando por Moisés y por todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él.

En realidad, Moisés y los profetas estaban mirando y anhelando la Eucaristía: era esa la verdadera tierra prometida que buscaban, lo que anunciaban al hablar de la venida del Mesías. En el discurso del pan de vida en el capítulo sexto de san Juan, se habla de ese «pan del cielo», del pan de los ángeles, de ese maná que nos va a dar la vida eterna. Es el pan que permite a Elías caminar durante cuarenta días y cuarenta noches (1R 19, 8). Todo el antiguo testamento balbucía al intentar hablar de ese pan de vida eterna. ¿Qué habrían dicho Moisés, Isaías, Elías o Malaquías si hubieran conocido en vida la Eucaristía? La Palabra lleva al Pan, y también en la celebración litúrgica se ven íntimamente unidas la mesa del Pan y la mesa de la Palabra, como enseña el Vaticano II (cf. SC 51). Con el concilio hemos redescubierto la misma palabra que el Resucitado explicaba a los desanimados de Emaús, y, como dice la Constitución dogmática sobre la divina revelación,

La Iglesia ha venerado siempre las sagradas Escrituras como el cuerpo mismo del Señor, ya que, sobre todo en la sagrada Liturgia, no deja de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del cuerpo de Cristo (DV 21)².

a él no le vieron.

² Sobre este tema, puede verse Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis* (22.2.2007), n. 45: «En efecto, la Palabra que anunciamos y escuchamos es el Verbo hecho carne (cf. Jn 1,14), y hace referencia intrínseca a la persona de Cristo y a su permanencia de manera sacramental. Cristo no habla en el pasado, sino en nuestro presente, ya que Él mismo está presente en la acción litúrgica. En esta perspectiva sacramental de la revelación cristiana, el conocimiento y el estudio de la Palabra de Dios nos permite apreciar, celebrar y vivir mejor la Eucaristía. A este respecto, se aprecia también en toda su verdad la afirmación, según la cual «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo».

» Para lograr todo esto es necesario ayudar a los fieles a apreciar los tesoros de la Sagrada Escritura en el leccionario, mediante iniciativas pastorales, celebraciones de la Palabra y la lectura meditada (lectio divina). Tampoco se ha de olvidar promover las formas de oración conservadas en la tradición, la Liturgia de las Horas, sobre todo Laudes, Vísperas, Completas y también las celebraciones de vigiliat. El rezo de los Salmos, las lecturas bíblicas y las de la gran tradición del Oficio divino pueden llevar a una experiencia profunda del acontecimiento de Cristo y de la economía de la salvación, que a su vez puede enriquecer la comprensión y la participación en la celebración eucarística».

Ese Jesús resucitado está presente en el Pan y en la Palabra. La Eucaristía contiene el cuerpo glorioso de Cristo, en la que está presente todo Él con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Esta presencia nos cambia, y genera comunión y fraternidad. Es una cena que procede de un sacrificio y, como todos los sacrificios, crean amor y fraternidad. Por eso nos reunimos con Él y los hermanos. La Iglesia no es otra cosa que el pueblo de Dios que se reúne en torno a la palabra, el cuerpo y la sangre de Jesucristo³. Pan y Palabra. En efecto, las dos partes de la celebración eucarística –la Liturgia de la Palabra y la Liturgia eucarística– están ya presentes en este relato de los discípulos desanimados de Emaús, pues primero Jesús «explica las Escrituras» y después «parte el pan» con ellos. El «partir» lleva siempre al «compartir» el Pan. Y añade el documento-base de este congreso con belleza, profundidad y sentido litúrgico:

Por eso, al celebrar la Eucaristía a lo largo del año litúrgico, en especial los domingos, el pueblo cristiano se sienta en torno a la mesa de la Palabra que es escuchada, celebrada, proclamada, asumida, para que toda la vida de la Iglesia se injerte en el misterio de Jesús crucificado y resucitado (n. 28)⁴.

La Eucaristía es el memorial de toda la pascua del Señor: cena, cruz y resurrección, una cena que procede del sacrificio y que nos da una nueva vida, también en fraternidad.

Compartir la mesa e igualmente comulgar en el sacrificio, a través de la participación de la ofrenda del sacrificio. [...] Por eso la comunión es, al mismo tiempo, unión y compromiso con y desde el sacrificio de Cristo⁵.

Jesús está también presente en las lecturas: cuando el lector o la lectora proclaman la palabra de Dios, es el mismo Cristo quien nos habla. Ellos tan solo nos ofrecen su voz. Cuando el sacerdote o el diácono predicán sobre la palabra de Dios, lo hacen en la persona de Cristo-cabeza y en nombre de la Iglesia. No en su propio nombre, ni en virtud de su elocuencia o sabiduría. Por eso la mesa de la Palabra debe estar limpia de nuestros egos y ambiciones: para poder ofrecer tan solo la voz de Jesús, que les hablaba y explicaba a aquellos de Emaús («¿no ardían nuestros corazones?», v. 32). Aquello les da fuerza y les saca de dudas, porque las dudas están para salir de ellas y convertirlas –con la luz de la fe– en certezas. «Arder los corazones» también con caridad: Jesús es Palabra fraterna, que nos une entre nosotros⁶.

³ «Dios habla y se comunica a la humanidad por medio de su Palabra. El Verbo, que estaba con Dios y era Dios, en la plenitud de los tiempos, se hizo carne naciendo de una mujer llena de gracia, y en su Pascua, con el don del Espíritu, hizo que la humanidad viviera de la Palabra que sale de la boca de Dios» (*Fraternidad para sanar el mundo. «Ustedes son todos hermanos» (Mt 23, 8)*, Documento base del 53.º Congreso eucarístico internacional, n. 28).

⁴ Sobre este tema Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 37: «Puesto que la liturgia eucarística es esencialmente *actio Dei* que nos une a Jesús a través del Espíritu, su fundamento no está sometido a nuestro arbitrio ni puede ceder a la presión de la moda del momento. En esto también es válida la afirmación indiscutible de san Pablo: “Nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo” (1 Co 3,11). El Apóstol de los gentiles nos asegura además que, por lo que se refiere a la Eucaristía, no nos transmite su doctrina personal, sino lo que él, a su vez, recibió (cf. 1 Co 11,23).

» En efecto, la celebración de la Eucaristía implica la Tradición viva. A partir de la experiencia del Resucitado y de la efusión del Espíritu Santo, la Iglesia celebra el Sacrificio eucarístico obedeciendo el mandato de Cristo. Por este motivo, al inicio, la comunidad cristiana se reúne el día del Señor para la *fractio panis*. El día en que Cristo resucitó de entre los muertos, el domingo, es también el primer día de la semana, el día que según la tradición veterotestamentaria representaba el principio de la creación. Ahora, el día de la creación se ha convertido en el día de la “nueva creación”, el día de nuestra liberación en el que conmemoramos a Cristo muerto y resucitado».

⁵ D. Borobio, *Eucaristía*, BAC, Madrid 2000, 203.

⁶ Sobre este tema Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 23.

2. El camino empieza en el bautismo

El documento-base habla también del bautismo, sacramento de la fe, fundamento y puerta de la eucaristía, plenitud en ese itinerario sacramental⁷. «La transmisión de la fe – dice el número 41 de *Lumen fidei*– se realiza en primer lugar mediante el bautismo», y conecta con lo que había afirmado el número precedente del mencionado documento⁸: «Mediante el bautismo nos convertimos en criaturas nuevas y en hijos adoptivos de Dios» (n. 24). Somos constituidos en hijos e hijas en el Hijo. Juan y Pablo quedaron absortos ante esta realidad («que seamos llamados hijos de Dios, ¡y lo seamos!»: 1Jn 3, 1, exclama con asombro el discípulo amado, como quien descubre un nuevo continente espiritual). «¡Abbá!, grito fraterno de los hijos en el Hijo», recuerda el documento-base.

En el bautismo –sigue la encíclica del papa Francisco *Luz de la fe* (n. 41)– la persona recibe también una doctrina que profesar y una forma concreta de vivir, que implica a toda la persona y la pone en el camino del bien. Es transferido a un ámbito nuevo, colocado en un nuevo ambiente, con una forma nueva de actuar en común, en la Iglesia.

La fe nace de un rito, surge del agua. El bautismo nos transforma ontológicamente y nos diviniza. Una fe que no fuera algo concreto recibido en la Iglesia, no sería una fe cristiana. Ser recibido en la comunidad creyente es una parte de la fe misma y no solo un acto jurídico complementario. Esta comunidad creyente, a su vez, es comunidad sacramental: vive de algo que no se da a sí misma. Si la fe incluye poder ser aceptado y recibido por esta comunidad, debe ser también –y al mismo tiempo– aceptado y recibido en el sacramento. Afirmaba el teólogo Ratzinger: «La justificación por la fe pide una fe que es eclesial. Y esto quiere decir que es sacramental, que se recibe y se hace propia en el sacramento»⁹. La fe nos viene de Cristo, por medio de la Iglesia y del sacramento del bautismo. Esta nace cuando se unen encuentro y conocimiento, a la vez que presupone una relación personal con Jesucristo y comunitaria en la Iglesia, todo ello a través de los sacramentos.

Agua, fe, Palabra y Pan –Pan para el camino– se encuentran unidas en ese itinerario. La fe nace del agua y se alimenta con el Pan. San Agustín lo expresaba con gran belleza cuando hablaba de la Eucaristía como trigo molido por el dolor, harina amasada con el agua del bautismo y horneado con el fuego del Espíritu¹⁰. Y concluye por su parte *Lumen fidei*:

⁷ «La Iglesia, fruto de la Pascua, testimonio del Señor y de su Reino, es signo concreto de la fraternidad que en el plan de Dios debe extenderse a toda la humanidad. El acto que primero nos incorpora al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es el bautismo» (*Fraternidad para sanar el mundo*, n. 25).

⁸ «La existencia de Jesús está marcada por una relación de intimidad y confianza con Dios a quién llama “Abbá” (cf. Mt 6, 9-13; Lc 11, 1-4), es una expresión de cercanía nunca vista en la espiritualidad judía de aquel tiempo. Si la serpiente había desfigurado la imagen bondadosa de Dios en el Edén, provocando que el pecado rompiera el diálogo de vida con Adán y Eva, ahora es Jesús, el Hijo predilecto, que sana esta herida de desobediencia, autosuficiencia y rebeldía con su vida donada hasta el extremo al Padre en la cruz» (*Fraternidad para sanar el mundo*, n. 24).

⁹ *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Barcelona, Herder 1985, 46. Sobre este tema puede verse P. Blanco Sarto, «El inicio del camino. Fe, bautismo y pertenencia a la Iglesia en el pensamiento de Joseph Ratzinger», *Wrocław Theological Review* 28 (2020/2) 49-61; reproducido en *Phase* 61/361 (2021) 499-510. Sobre este tema puede verse también Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, nn. 6, 17.

¹⁰ Cf. *Sermón* 229 A (= Guelf. 7), *Alocución a los neófitos sobre los sacramentos*, n. 2.

El bautismo nos recuerda así que la fe no es obra de un individuo aislado, no es un acto que el hombre pueda realizar contando sólo con sus fuerzas, sino que tiene que ser recibida, entrando en la comunión eclesial que transmite el don de Dios: nadie se bautiza a sí mismo, igual que nadie nace por su cuenta. Hemos sido bautizados (n. 41).

El bonito gesto pedido por el papa Francisco de recordar la fecha del bautismo presenta pues su significado y profundo simbolismo. Entonces podemos recibirlo en la Eucaristía. El bautismo nos hace fuertes en la debilidad y la fragilidad, y el sacramento de la penitencia hemos de verlo como un segundo, tercer, enésimo bautismo. Por eso también la Eucaristía es alimento para los débiles, convertidos ahora en fuertes: «Este es el pan de los fuertes, predicaba san Agustín. No me convertirás tú en tí, como parte de tu cuerpo; sino que yo te convertiré en mí»¹¹. En la Eucaristía no es que nosotros comamos el cuerpo de Cristo, sino que Él nos come a nosotros y nos hace formar parte de su propio cuerpo, la Iglesia. De esta forma, sobre todo gracias a la Eucaristía, podemos exclamar con san Pablo: «Ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2, 20). Soy yo, podemos decir en Él, pero no soy solo yo: soy Cristo, que vive en mí. El anglicano C. S. Lewis comparaba esa cristificación progresiva como la sal que se pone a los alimentos, donde uno adquiere más sabor sin perder el propio, la propia personalidad:

Pero vosotros y yo sabemos que el verdadero efecto de la sal es exactamente el contrario. Lejos de matar el sabor del huevo, de la carne o de la col, en realidad lo aumenta. Los alimentos no muestran su verdadero sabor hasta que no les habéis puesto sal¹².

La sal despierta el sabor, y el contacto con Jesucristo por medio del Pan y la Palabra nos hace más sabrosos, más “salados”, más hermanos, firmemente arraigados en Cristo. Nos hace más hijas e hijos de Dios, mejores hermanos de los demás. La Eucaristía es fuente y cumbre también de la fraternidad. Como dice el papa Francisco, «la misa no es un acto privado, es un acto comunitario. En la Eucaristía, nos encontramos como hermanos y hermanas, llamados a vivir la fraternidad». Algo parecido a lo que les debió pasar a los de Emaús, pues tuvieron que ir de nuevo al encuentro de los de Jerusalén.

3. La fe, el camino y la Eucaristía

Aquellos desanimados –ya con el don de la fe– lo reconocen en la fracción del Pan. Ven al Resucitado, verdaderamente presente no solo en la Palabra sino también ahora en el Pan. La fe les ha abierto los ojos, porque esta nos permite ver más lejos. Las palabras de Jesús –la Palabra encarnada, muerta y resucitada por amor– les permite reconocer la Eucaristía. Entonces esta se convierte no solo en sacramento de fe, sino también de amor.

²⁸ Llegaron cerca de la aldea adonde iban, y él hizo ademán de continuar adelante. ²⁹ Pero le retuvieron diciéndole:

– Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya anocheciendo. Y entró para quedarse con ellos.

¹¹ *Confesiones* VII, X, 1.

¹² *Mero cristianismo*, Madrid, Rialp 1995, 232.

«Quédate con nosotros». Es el momento del encuentro, de la fraternidad, pues ahora nos encontramos con los demás por medio de Cristo. La Eucaristía nos impulsa a salir de nosotros mismos y a construir lazos de amistad, comunión y solidaridad con los hermanos. Cristo nos presenta y nos hace presentes a los demás. Posiblemente los dos de Emaús, no solo crecieron en fe sino sobre todo en caridad y fraternidad –la más excelente de las virtudes–, gracias a ese encuentro con el Resucitado. «La Eucaristía hace la Iglesia», repetía Juan Pablo II¹³, y el relato de Emaús refleja de ese modo la importancia que tienen en la Iglesia la Escritura y la Eucaristía –el Pan y la Palabra– para alimentar la fe en Cristo y el amor entre los hermanos (cf. DV 21). Su presencia engendra comunión y fraternidad: cuanto más estamos unidos a Él en el Pan y la Palabra, más cerca estamos unos de otros, y así lo recuerda nuestro documento-base: «Así el Hijo de Dios con su Cuerpo entregado en la última cena y en la cruz, ha sellado de una vez y para siempre la destrucción del muro del odio y de la enemistad que nos dividía y no nos dejaba ser hermanos (cf. Ef 2,14-15)»¹⁴. Cena y cruz, banquete y sacrificio, comunión y fraternidad: la sangre derramada «por nosotros y por todos» crea el milagro de la unidad.

³⁰ Y cuando estaban juntos a la esa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.

³¹ Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia.

³² Y se dijeron uno a otro:

—¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?¹⁵

¹³ Juan Pablo II, Carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, n. 26. Sobre este tema puede verse también Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, nn. 14-15, donde termina con las siguientes palabras: «Ya en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, el siervo de Dios Juan Pablo II llamó la atención sobre la relación entre Eucaristía y *communio*. Se refirió al memorial de Cristo como la “suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia” (n. 38). La unidad de la comunión eclesial se revela concretamente en las comunidades cristianas y se renueva en el acto eucarístico que las une y las diferencia en Iglesias particulares, *in quibus et ex quibus una et unica Ecclesia catholica existit* (LG 23). Precisamente la realidad de la única Eucaristía que se celebra en cada diócesis en torno al propio obispo nos permite comprender cómo las mismas Iglesias particulares subsisten *in y ex Ecclesia*.

» [...] En esta perspectiva eucarística, comprendida adecuadamente, la comunión eclesial se revela una realidad católica por su propia naturaleza. Subrayar esta raíz eucarística de la comunión eclesial puede contribuir también eficazmente al diálogo ecuménico con las Iglesias y con las Comunidades eclesiales que no están en plena comunión con la Sede de Pedro. En efecto, la Eucaristía establece objetivamente un fuerte vínculo de unidad entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas que han conservado la auténtica e íntegra naturaleza del misterio de la Eucaristía. Al mismo tiempo, el relieve dado al carácter eclesial de la Eucaristía puede convertirse también en elemento privilegiado en el diálogo con las Comunidades nacidas de la Reforma».

¹⁴ Cf. Francisco, *Audiencia general*, 11 de abril de 2018; *Catecismo de la Iglesia católica*, 1213. «La Eucaristía es un lugar de “comunión en Cristo”, de “comunicación de bienes”, de *koinonía* y de *diakonía*. El banquete cristiano une dos prácticas, que existen separadas en la costumbre judía: la comida festiva del grupo y el servicio de ayuda mutua y de caridad» (D. Borobio, *Eucaristía*, 204).

¹⁵ Sobre este tema Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 30: «Si es cierto que los sacramentos son una realidad propia de la Iglesia peregrina en el tiempo hacia la plena manifestación de la victoria de Cristo resucitado, también es igualmente cierto que, especialmente en la liturgia eucarística, se nos da a gustar el cumplimiento escatológico hacia el cual se encamina todo hombre y toda la creación (cf. Rm 8,19 ss.). El hombre ha sido creado para la felicidad eterna y verdadera, que sólo el amor de Dios puede dar. Pero nuestra libertad herida se perdería si no fuera posible experimentar, ya desde ahora, algo del cumplimiento futuro.

» Por otra parte, todo hombre, para poder caminar en la dirección correcta, necesita ser orientado hacia la meta final. Esta meta última, en realidad, es el mismo Cristo Señor, vencedor del pecado y la muerte, que se nos hace presente de modo especial en la Celebración eucarística. De este modo, aún siendo todavía como “extranjeros y forasteros” (1 P 2,11) en este mundo, participamos ya por la fe de la plenitud de la

«Arder nuestros corazones» significa estar llenos de amor de Dios y de espíritu fraterno, consecuencia de que Jesús resucitado les explicara las Escrituras. Pero después llegó a un grado de intimidad mayor expresado en el «partir el pan». El «partir» lleva al «com-partir», decíamos, y por eso no hay contraposiciones entre lo social y lo cultural, la acción y la adoración, la misión y la oración. No podemos pensar en la Eucaristía sin pensar en el hermano que sufre. La eucaristía nos lleva a la acción, a ser instrumentos de paz y amor. «El culto a Dios debe conducir al cuidado de los pobres, y el cuidado de los pobres debe conducir al culto a Dios...», afirmaba el mediático obispo Robert Barron¹⁶, y añadía poniendo algún ejemplo:

Hay muchas grandes figuras en la historia reciente de la Iglesia que encarnaron mi principio en su vida y su trabajo. Uno podría pensar en Dorothy Day, la fundadora del Movimiento del Trabajador Católico. [...] La Madre Teresa de Calcuta fue un icono del servicio durante su largo ministerio entre los más pobres de los pobres.

Ningún católico del siglo XX tuvo un compromiso y una identificación más encarnados con los que sufrían que la Madre Teresa, y sin embargo su amor por la oración era ilimitado, su atención a la Eucaristía insuperable. Y si le damos la vuelta al principio, podríamos llamar la atención sobre Virgil Michel, Reynold Hillenbrand y Romano Guardini, todos ellos incondicionales del movimiento litúrgico que fue tan influyente en el Vaticano II.

Los adoradores son los mejores misioneros y, de hecho, aquellos discípulos de Emaús se levantan y vuelven a los hermanos tras re-conocerle a Él:

³³ Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, ³⁴ que decían:

El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón.

³⁵ Y ellos se pusieron a contar lo que había pasado en el camino, y cómo le habían reconocido en la fracción de pan.

«Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén» para anunciar al Resucitado. Del escuchar, partir y comer, de la comunión –eucarística y eclesial– nace siempre la misión: *Ite, missa est!* La comunión y la fraternidad son condiciones previas para ser más creíbles y fiables ante el mundo actual, y lanzarnos entonces a una eficaz misión. Así, el misterio eucarístico contiene una dimensión eclesial y misionera: «La Iglesia hace la Eucaristía, y la Eucaristía hace la Iglesia»¹⁷, repetíamos. No solo simboliza la unidad sino que de verdad la crea. Es fuente de la fraternidad y la comunión y origen de la misión. La Eucaristía no solo es el centro, sino que alimenta y edifica la comunión, y nos envía a la evangelización. Los cristianos «hacemos la Iglesia» sobre todo con la Eucaristía: por la Eucaristía nos hacemos Iglesia, nos unimos con Cristo y entre nosotros, y así construimos la Iglesia. La escena final de la película *El festín de Babette*, donde unos comensales en

vida resucitada. El banquete eucarístico, revelando su dimensión fuertemente escatológica, viene en ayuda de nuestra libertad en camino».

¹⁶ R. Barron, «The Higher You Go Liturgically, the Lower You Should Go in Service of the Poor» (June 11, 2024): <https://www.worndonfire.org/articles/barron/the-higher-you-go-liturgically-the-lower-you-should-go-in-service-of-the-poor/>

¹⁷ Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 26.

principio en discordia y peleados se reconcilian al final del banquete, resulta expresiva en este sentido. Es el fruto del sacrificio de la persona que cocina por los comensales¹⁸.

4. El camino de la Iglesia

Hemos de partir de la experiencia comunal que aparece en Hch 2,42: «Todos se mantenían firmes en las enseñanzas de los apóstoles, compartían lo que tenían y oraban y se reunían para partir el Pan»¹⁹. Pan y Palabra, de nuevo. Veíamos también cómo el banquete eucarístico –que genera comunión– exige a su vez una previa ética eucarística, una conversión, un acto de contrición, tal vez una confesión:

²³ Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, ²⁴ deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda (Mt 5, 23-24).

Es el gesto de la paz: la paz con Dios nos lleva a hacer las paces con los hermanos. La Eucaristía simboliza y crea la unidad de los cristianos: el pan amasado con espigas dispersas es símbolo de la unidad de la Iglesia²⁰. La Iglesia es el pueblo de Dios que se reúne en torno a la palabra y el cuerpo y la sangre de Cristo, comentábamos: es esto lo que enseña la eclesiología eucarística, tanto en Oriente como en Occidente, pues el núcleo más íntimo –el corazón de la Iglesia, podríamos decir– lo constituye precisamente el misterio eucarístico. Respecto a esta eclesiología eucarística, encontramos abundantes testimonios de los Padres²¹. Cipriano de Cartago, por ejemplo, habla de la unidad con Cristo y los demás cristianos simbolizados en el agua unida al vino y en los granos de trigo:

¹⁸ Sobre este tema puede verse P. Blanco Sarto, *Eucaristía*, Manuales ISCR 22, Eunsa, Pamplona 2018, y sobre todo Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 51: «Quisiera detenerme ahora en lo que los Padres sinodales han dicho sobre el saludo de despedida al final de la celebración eucarística. Después de la bendición, el diácono o el sacerdote despide al pueblo con las palabras: *Ite, missa est*. En este saludo podemos apreciar la relación entre la misa celebrada y la misión cristiana en el mundo. En la antigüedad, *missa* significaba simplemente “terminada”.

» Sin embargo, en el uso cristiano ha adquirido un sentido cada vez más profundo. La expresión *missa* se transforma, en realidad, en “misión”. Este saludo expresa sintéticamente la naturaleza misionera de la Iglesia. Por tanto, conviene ayudar al Pueblo de Dios a que, apoyándose en la liturgia, profundice en esta dimensión constitutiva de la vida eclesial. En este sentido, sería útil disponer de textos debidamente aprobados para la oración sobre el pueblo y la bendición final que expresen dicha relación». Véase también el n. 84.

¹⁹ En san Pablo leemos: «Porque comemos de un mismo pan, formamos un solo cuerpo» (1Co 10,17). De este texto paulino surge toda la eclesiología eucarística en los Padres y desarrollada después en la Edad media.

²⁰ Cf. *Didaché* 9,4.

²¹ Ignacio de Antioquía, discípulo de Juan y Pablo, alude al «pan de Dios, carne de Cristo». La unidad de la Iglesia en torno al obispo y a la Eucaristía, en sus niveles visible e invisible: una carne, una sangre, un altar, un obispo es la secuencia por él propuesta. Aquí vemos recordada igualmente la relación entre Eucaristía y apostolicidad; es lo que se suele llamar «monarquía episcopal», que presenta la relación entre la Eucaristía y la sucesión apostólica. La Eucaristía es por eso también sacramento de unidad eclesial (Ad Philad. 3,4: PG 5,700).

Así como muchos granos reducidos a la unidad y molidos y amasados juntos forman un solo pan, así en Cristo, que es pan celestial, sabemos que hay un solo cuerpo al que está unido nuestra diversidad²².

Este simbolismo de la unidad se recoge también en el Vaticano II (LG 11, UR 2), que propone como símbolo de tal unidad la Eucaristía presidida por el obispo con su presbiterio y todo el pueblo de Dios (SC 41-42). La Eucaristía es signo de la unidad orgánica y jerárquica que Cristo quiso para su Iglesia, pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, templo del Espíritu. La dimensión convival aparece también en GS 38, donde llama a la misa «la cena de la comunión fraterna y la degustación del banquete celestial». Juan Pablo II en la carta *Dominici Coenae* (1980) aludió a la participación diferenciada de sacerdotes y laicos en la celebración y, además, publicó toda una serie de textos para fomentar un mayor cuidado de la Eucaristía que constituyen lo que Félix María Arocena ha denominado una auténtica «ofensiva eucarística». También Benedicto XVI, en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (2006), abordaba las dimensiones trinitaria y eclesiológica, fraternal, misionera y santificadora, así como la relación con la adoración y los demás sacramentos, como el bautismo, la penitencia, orden y el matrimonio. En fin, el papa Francisco, lo ha expresado con especial belleza:

La Liturgia no dice «yo», sino «nosotros», y cualquier limitación a la amplitud de este «nosotros» es siempre demoníaca. La Liturgia no nos deja solos en la búsqueda de un presunto conocimiento individual del misterio de Dios, sino que nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para conducirnos al misterio que la Palabra y los signos sacramentales nos revelan²³.

²² *Epistula* 60,13,4. También habla de la mezcla del agua y el vino como signo de la unión real entre Cristo y cada miembro de la Iglesia (cf. *Carta* 63,13: PL 4,383-384). Hilario de Poitiers habla de la unidad fontal de la Trinidad que, a través de la Eucaristía, llega a todos nosotros (cf. *De Trinitate* 8,13: PL 10,245); es decir, se da una triple y mutua implicación: Trinidad-Iglesia- Eucaristía. Pero también la Eucaristía al hacer la Iglesia, nos permite el acceso a la Trinidad. Puede verse también Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 76.

También el elocuente Juan Crisóstomo hablaba de la unidad con Cristo que se alcanza por medio de la Eucaristía: «¿Qué es el pan? El cuerpo de Cristo. ¿En qué se convierten los que comulgan? En el cuerpo de Cristo. No muchos cuerpos, sino un solo cuerpo»²². Al comulgar, somos asimilados al único cuerpo de Cristo, del cual Él es la Cabeza, y quedamos estrechamente unidos entre nosotros. Y Cirilo de Alejandría propone el misterio eucarístico como una consecuencia directa de nuestra incorporación a Cristo por la Eucaristía²²: por la Eucaristía nos hacemos Iglesia y hacemos la Iglesia, quedando estrechamente unidos entre nosotros, como hermanos.

«Porque comemos de un mismo pan, formamos un solo cuerpo» (1Co 10,17): de este texto paulino surge toda la eclesiología eucarística en la Edad media que une a Cristo –la realidad contenida (*res*)–, con la Eucaristía (*res et sacramentum*) y la Iglesia (*res tantum*). A pesar de ser una teología centrada sobre todo en el problema de la presencia real, los teólogos medievales destacaban igualmente el aspecto de unidad en la Iglesia, en autores como Pascasio de Radberto, Ratrammo, Hugo de san Víctor, Pedro Lombardo, Tomás de Aquino...

La presencia eucarística de Cristo es la mayor realidad –su presencia más intensa– que construye a la Iglesia como cuerpo de Cristo. La comunión eucarística simboliza pues también la comunión eclesial, como las gotas de agua –derramadas en el vino y diluidas en él– representan tanto la unión del cristiano con Cristo (significado cristológico) como la unión entre los miembros del cuerpo de Cristo (significado eclesiológico), tal como puede verse en STh III q. 74 a. 8 ad 2.

Estas verdades serán recogidas por el magisterio eclesial. Esta presencia de Cristo se aumenta sobre todo por el sacramento de la Eucaristía, en el que está presente la misma res, la misma realidad de Cristo. Tanto Letrán (1215) y Florencia (1439-1442), como Trento (D 1638) y la *Mystici Corporis* de Pío XII ofrecen una visión de la Iglesia como organismo sobrenatural, en cuyo centro se encuentra la Eucaristía.

²³ Francisco, *Desiderio desideravi*, 19.

Así, podríamos decir en conclusión de momento que:

1. *De la unión personal a la eclesial*: somos lo que recibimos. Por la Eucaristía, somos incorporados a Cristo, y formamos con Él un cuerpo místico, como miembros vivos de Cristo, que es Cabeza nuestra. Cuanto más unidos a Cristo por la comunión eucarística estemos, más unidos entre nosotros estaremos, mejores hermanos seremos²⁴.
2. *La Eucaristía es por tanto sacramento de unidad y la fraternidad*, por la que una comunidad eucarística es una comunidad plenamente cristiana. La Iglesia universal no será otra cosa que una red de comunidades eucarísticas, en las que la apostolicidad – primado y colegialidad–, unida a la sinodalidad, juegan un papel decisivo. La unión con Jesús-Eucaristía genera comunión y fraternidad²⁵.
3. En fin, *la Eucaristía es el centro de la vida cristiana*, y por eso exige previamente una ética previa. Exige una conversión, necesaria para comulgar y para que el principal de los sacramentos pueda fructificar en obras de caridad y en la predilección los pobres. Una Eucaristía sin consecuencias éticas y sociales no estaría vivida en plenitud²⁶.

²⁴ Puede verse Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 36: «La belleza intrínseca de la liturgia tiene como sujeto propio a Cristo resucitado y glorificado en el Espíritu Santo que, en su actuación, incluye a la Iglesia. En esta perspectiva, es muy sugestivo recordar las palabras de san Agustín que describen elocuentemente esta dinámica de fe propia de la Eucaristía. El gran santo de Hipona, refiriéndose precisamente al Misterio eucarístico, pone de relieve cómo Cristo mismo nos asimila a sí: “Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido”. Por lo tanto, “no sólo nos hemos convertido en cristianos, sino en Cristo mismo”. Así podemos contemplar la acción misteriosa de Dios que comporta la unidad profunda entre nosotros y el Señor Jesús: “En efecto, no se ha de creer que Cristo esté en la cabeza sin estar también en el cuerpo, sino que está enteramente en la cabeza y en el cuerpo”».

²⁵ Puede verse Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, nn. 88-91, donde termina con las siguientes palabras: «El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. La oración que repetimos en cada santa misa: “Danos hoy nuestro pan de cada día”, nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los países en vías de desarrollo.

» El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente su propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta para la caridad y la justicia. Por eso, como ha pedido el Sínodo, es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas. En este precioso patrimonio, procedente de la más antigua tradición eclesial, encontramos los elementos que orientan con profunda sabiduría el comportamiento de los cristianos ante las cuestiones sociales candentes. Esta doctrina, madurada durante toda la historia de la Iglesia, se caracteriza por el realismo y el equilibrio, ayudando así a evitar compromisos equívocos o utopías ilusorias».

²⁶ Puede verse Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, nn. 20-21, donde termina con las siguientes palabras: «El Sínodo ha recordado que es cometido pastoral del obispo promover en su propia diócesis una firme recuperación de la pedagogía de la conversión que nace de la Eucaristía, y fomentar entre los fieles la confesión frecuente. Todos los sacerdotes deben dedicarse con generosidad, empeño y competencia a la administración del sacramento de la reconciliación. A este propósito, se debe procurar que los confesionarios de nuestras iglesias estén bien visibles y sean expresión del significado de este sacramento. Pido a los pastores que vigilen atentamente sobre la celebración del sacramento de la reconciliación, limitando la praxis de la absolución general exclusivamente a los casos previstos, siendo la celebración personal la única forma ordinaria».

5. Camino al cielo

«Le reconocieron al partir el pan»: aquella fue la clave, el signo distintivo. Partir, compartir, convivir. «Compañero» es el que comparte el pan, desde el punto de vista etimológico, y ese pan para el camino (viático) –que no es necesariamente el último– es siempre alimento para la vida eterna. «La Eucaristía, fraternidad realizada», acaba así la sección del documento-base. Esta unión con el Resucitado que genera la fraternidad de Emaús, debe llevar a seguir adelante en el camino. Aunque no hay certeza de la ubicación del Emaús evangélico, la tradición cristiana ha identificado Emaús-Nicópolis como el lugar en el que Cleofás y su amigo reconocieron a Jesús resucitado, donde hoy día se pueden visitar las ruinas de una basílica bizantina²⁷. El Evangelio precisa tan solo tres cosas: el nombre del lugar (Emaús), que es un pueblecito y que está situado a sesenta estadios de Jerusalén, unos once kilómetros que los de Emaús desanduvieron ¡en plena noche!

En Emaús empieza el camino definitivo e interminable, pues la Eucaristía es también «el comienzo de la irrupción de la Parusía», seguimos con el documento-base (n. 29). En la Eucaristía «se anticipa lo definitivo, los cielos y la tierra nuevos». La Eucaristía es «el cielo en la tierra»: no solo es el alimento para el camino hacia la bienaventuranza eterna sino que es anticipación, prenda de gloria futura, alimento de inmortalidad²⁸.

A través, entonces, del memorial eucarístico, Dios conduce la historia y la humanidad peregrina hacia su consumación, donde todos seremos hermanos, donde la herida de fraternidad quedará sanada en la filiación divina (n. 29).

En el cielo seremos hijas e hijos de modo pleno –del Padre en el Resucitado por el Espíritu–, y alcanzaremos esa fraternidad plena por la que ahora luchamos. Será una comunión plena con Dios y con los hermanos. Todavía nos quedan muchos «estadios» por recorrer, pero la Eucaristía será el Pan para el camino, que nos hará fuertes en nuestra debilidad y nuestra fragilidad. «Con pan y vino/ se hace camino», reza un refrán peregrino. «Esta realización escatológica del Reino [por el que suspiramos] en nuestro “aquí y ahora” es la anticipación en la historia de su final cumplimiento» (n. 29). El Pan eucarístico es el anticipo del cielo, la «prenda de gloria futura», y el «venga a nosotros tu Reino» se va cumpliendo de modo progresivo de modo eucarístico.

En la Eucaristía, Cristo, el que vive para siempre, se hace presente y nosotros entramos en comunión con Él en el Espíritu santo. El Resucitado nos regala y dona lo que Él es: su Palabra, su Cuerpo y su Sangre, en definitiva: su Persona y su Vida. Persona y Vida del Hijo que ha reconciliado en sí todas las cosas y ha llevado a la plenitud de Dios nuestro ser (n. 29).

Por eso la Eucaristía es «el cielo en la tierra»: un solo símbolo no sería capaz que crear este cambio radical, esta divinización (*theosis*), que nos constituye de modo pleno en hijos y hermanos. Símbolo y realidad, el misterio eucarístico transforma nuestra vida

²⁷ Sin embargo, otras excavaciones más recientes indican que Emaús podría ser la ciudad de Quiriat-Jearim, más acorde con lo que relata Lc 24, 13: «Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén». Los estadios romanos antiguos equivalían a 185,125 metros, por lo tanto, 60 estadios son poco más de 11 kilómetros (7 millas). Esa es la distancia a la que está Quiriat-Jearim de Jerusalén (cf. Thomas Römer, «Kiriath-jearim and the List of Bacchides Forts in 1 Maccabees 9: 50-52», *New Studies in the Archaeology of Jerusalem and its Vicinity* 13 (2019) 7-17).

²⁸ Cf. Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Ephesios* 20,2.

y nos hace merecedores de la plena, total, definitiva comunión con Dios, a la vez que nos convierte en más hermanos de nuestros hermanos. En el cielo no hará falta la Eucaristía, porque ya estaremos unidos de modo pleno a Cristo y entre nosotros. Será la fraternidad plena y realizada. En el cielo no habrá Eucaristía, porque esta ya habrá alcanzado su fin. Entonces Emaús se habrá convertido en la Jerusalén celestial²⁹.

Muchas gracias.

²⁹ Puede verse Benedicto XVI, Exhortación postsinodal *Sacramentum caritatis*, n. 31: «Reflexionando sobre este misterio, podemos decir que, con su venida, Jesús se puso en relación con la expectativa del pueblo de Israel, de toda la humanidad y, en el fondo, de la creación misma. Con el don de sí mismo, inauguró objetivamente el tiempo escatológico. Cristo vino para congregar al Pueblo de Dios disperso (cf. Jn 11,52), manifestando claramente la intención de reunir la comunidad de la alianza, para llevar a cumplimiento las promesas que Dios hizo a los antiguos padres (cf. Jr 23,3; 31,10; Lc 1,55.70). En la llamada de los Doce, que tiene una clara relación con las doce tribus de Israel, y en el mandato que les dio en la última Cena, antes de su Pasión redentora, de celebrar su memorial, Jesús ha manifestado que quería trasladar a toda la comunidad fundada por Él la tarea de ser, en la historia, signo e instrumento de esa reunión escatológica, iniciada en Él. Así pues, en cada celebración eucarística se realiza sacramentalmente la reunión escatológica del Pueblo de Dios. El banquete eucarístico es para nosotros anticipación real del banquete final, anunciado por los profetas (cf. Is 25,6-9) y descrito en el Nuevo Testamento como “las bodas del cordero” (Ap 19,7-9), que se ha de celebrar en la alegría de la comunión de los santos».